

www.puntodelectura.com

**MERCEDES ABAD**

# El vecino de abajo

punto de lectura



Título: El vecino de abajo

© 2007, Mercedes Abad

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: abril 2008, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2112-9

Depósito legal: B-15.056-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Punto de Lectura

Fotografía de portada: © Álvaro Ardévol

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Para Álvaro*



Las obras comenzaron a traición un lunes a las ocho en punto de la mañana. No hubo preludios ni oberturas, nada que hiciera presagiar lo que se avecinaba. ¿Habrían sido distintas las cosas de haber recibido antes un gentil aviso de que ya podía ir despidiéndome de la paz y el orden durante una temporada? Sea como fuere, el inicio de las obras me pilló en la cama, lamentablemente sola, pues ciertos tragos resultan más llevaderos si una está acompañada, pero desde mi divorcio los retozos en equipo brillaban por su ausencia. Acababa de abrir los ojos y como cada mañana trataba de hacer acopio de valor y energía para levantarme cuando, de repente, una serie de violentos martillazos que parecían salir justo de debajo de mi almohada hicieron retumbar de forma ominosa el suelo y las paredes y convirtieron en zona catastrófica el cálido y delicioso habitáculo donde segundos antes remoloneaba, voluptuosamente envuelta por el olor de mis propias ventosidades, en lo que sin duda supone la única ventaja objetiva de no dormir en compañía. Expulsada de la cama por los martillazos, me precipité a la ducha con el corazón en un puño y a tal velocidad que probablemente batí una marca personal.

Si antes de meterme bajo el chorro de la ducha había pensado que el epicentro de los martillazos se hallaba justo debajo de mi cama y que por lo tanto el resto de la casa se hallaría en relativa calma, al salir del cuarto de baño localicé con creciente alarma varios focos distintos, el más violento de los cuales no era precisamente el del dormitorio, sino el que sacudía mi estudio a mazazo limpio. Pese a ser un mueble de probada solidez, mi amado escritorio brincaba, se estremecía y crujía a cada porrazo. Observé que varios cajones se habían entreabierto por culpa de las brutales sacudidas y aunque me apresuré a cerrarlos, horrorizada por el espectáculo de las chinchetas, las grapas, los lápices, los sacapuntas y las gomas de borrar frenéticamente zarandeados en todas las direcciones, una nueva andanada de furiosos golpetazos no tardó en volver a abrirlos. Comprobé asimismo, para mi gran desesperación, que los sañudos martillazos también habían sembrado el caos en mi antaño impecable biblioteca, donde siempre me esforzaba por que los lomos de los libros estuvieran milimétricamente alineados formando líneas rectas que discurrían paralelas de una punta a otra del pasillo, imprimiendo así la atmósfera de orden, pulcritud y simetría que me era indispensable para vivir tranquila y concentrarme en el trabajo.

La mayor parte de los mortales habría reaccionado fatal ante aquel repentino atentado a la normalidad. Yo no. Yo era estoica y serena, una especialista en mantener la presencia de ánimo y la templanza mientras los otros sucumben a la histeria. De hecho, cuanto más histéricos se ponían los demás, tanto mayor era la facilidad y el placer con que mantenía una calma imperturbable. Lástima

que aquella mañana nadie viera cómo, en lugar de ponerme a despotricar del vecino de abajo, que obviamente debía de haberla emprendido contra todos los tabiques de su casa, me puse a explorar mi apartamento a fondo y con modélica calma, convencida de que tenía que haber algún rincón donde el estruendo y las sacudidas no consiguieran llegar. Lamentablemente, volví de esa expedición con la certeza de que el ruido lo invadía todo, de lo que cabía deducir que el vecino de abajo sin duda se disponía a hacer, no ya una pequeña rehabilitación de una parte de su casa, como ingenuamente conjeturé al principio, sino una reforma a fondo en la que debían de trabajar un sinnúmero de operarios armados de mazos y piquetas. El único lugar donde los golpetazos llegaban algo atenuados era el cuarto de baño, donde el piso estaba casi medio metro más alto que en el resto de la casa para permitir la evacuación de las aguas residuales y las materias fecales, pero aun allí los martillazos conseguían que el espejo, los tarros de cremas y los frascos de colonia temblaran y se desplazasen unos milímetros en sus repisas.

De nada me sirvió alargar el desayuno con la lectura del diario del día anterior en espera de que cesaran los golpes, porque no sólo el estruendo hacía casi imposible que me concentrara en la lectura, poniendo así a prueba mi modélica calma, sino que una hora después los porrazos, más que entrar en fase de remisión y declive, parecían obstinados en perseguir nuevos y más vibrantes apogeos. El edificio era antiguo y recé para que la estructura resistiera las bárbaras embestidas. A cada martillazo temblaba el suelo, retumbaban los muros y saltaban las

sillas con un movimiento espasmódico que recordaba al del hipo. Las ciudades cruelmente asediadas por el enemigo no debían de sufrir mucha más violencia de la que soportaba mi casa, golpeada una y otra vez con belicosa persistencia, sin la menor consideración por su provecia edad y su frágil esqueleto de vigas de madera, putrefactas quizá algunas de ellas, si no la mayoría, después de tantos años sufriendo frecuentes humedades. ¿Sabían los albañiles lo que se hacían o eran una pandilla de brutos descerebrados sin demasiada formación y acabaríamos por salir en los informativos de la tele y en los titulares de la prensa? En los informativos, o bien saldríamos histéricos y cubiertos de hematomas, buscando nuestros zapatos entre los cascotes y contestando muy excitados las preguntas de los periodistas, o bien saldríamos muy quietos y cubiertos con una sábana blanca.

Para mayor estrépito y confusión, la gata no paraba de maullar y de perseguirme con una mirada insistente y perentoria exigiéndome que tomara medidas urgentes, como si estuviera en mis manos acabar con aquel ruido atronador. En aquellos momentos (lo mismo sucedía en caso de tormenta cuando los truenos bramaban y centelleaban los rayos), Babilonia daba la impresión de tener una pobre opinión de mi capacidad operativa. La muy ingrata parecía olvidar que debía la vida a mi infinita bondad, pues la había salvado, a ella y a otros dos cachorros que murieron al poco pese a mis desvelos, de ser estrangulados sin demasiados escrúpulos por los dueños de la casa donde su madre había tenido la desafortunada ocurrencia de ir a parirlos sin darse cuenta de que sus incidentales caseros eran masivamente alérgicos a los gatos.

Sobre las diez los martillazos cesaron por completo y entoné el aleluya pensando que lo peor había terminado. Imaginé que el vecino habría contratado a muchos más albañiles de lo habitual para que la operación de derribo de los tabiques, sin duda la más aparatosa de las obras, acabara cuanto antes. De ese modo el ruido era mucho mayor, pero también duraba menos tiempo. Aún aplaudía para mis adentros la rapidez de aquellas obras relámpago y me disponía a sentarme a mi escritorio para emprender con renovados bríos la jornada laboral, cuando me hizo brincar del susto el súbito chirrido de una de esas sierras radiales cuyas hojas dentadas hienden limpiamente los materiales más duros entre agudísimos y lacerantes gemidos de bebé. Mientras escuchaba el espantoso estrépito con el corazón desbocado casi sentí nostalgia de los martillazos. Recordar en esos instantes que se acercaba a pasos agigantados la fecha en que debía entregar la traducción de una de las obras más áridas y difíciles escritas por el ya de por sí correoso Agni Rinেকে, sempiterno candidato al Premio Nobel de Literatura, no me ayudó precisamente a sobrellevar la situación con demasiada entereza. Presa de una morbosa e increíble fascinación por la siniestra coyuntura, no pude por menos de prestar oídos al horrísono concierto que estallaba a mis pies. Lo cierto es que el estridente chirrido de la sierra radial se mantuvo poco rato como solista, pues enseguida el apocalíptico rugido de uno de esos martillos neumáticos que se emplean para cavar zanjas y levantar pavimentos le arrebató el protagonismo para convertirse en el auténtico y apoteósico líder de la banda. Era un rugido impetuoso, constante y enloquecedor, una

erre mayúscula y furibunda que se imponía con absoluta autoridad a cualquier otro sonido, hacía vibrar los cristales de las ventanas y se te hundía en el cráneo para triturarte las neuronas. Pero, en los escasos instantes en que ese sádico engendro del demonio enmudecía, el panorama tampoco registraba grandes mejoras, pues yo volvía a quedar a merced del sibilante suplicio de la sierra radial y de los mazazos, que de nuevo se habían incorporado a la sinfonía con renovado ardor y se oían a veces lejanos y amortiguados y otras tan cercanos y monstruosamente atronadores como cañonazos que estallasen dentro de mi cerebro con mil ecos retumbantes. Cada vez más alarmada, me preguntaba cuánta violencia puede resistir la estructura de un edificio antes de ceder, venirse abajo y engullirnos a todos entre horribles estertores de bestia moribunda.

Cada vez que recuerdo la extraordinaria violencia de aquellos golpetazos, me parece increíble la paciencia que tuve y lo mucho que tardé en perder la esperanza de que aquello se acabase de un momento a otro. Claro que por aquella época yo todavía era buena. La discordia aún no presidía mi relación con el mundo, y actuaba como una ciudadana pacífica y paciente, sin la menor proclividad a perder los estribos. Me jactaba de mantener el control incluso en situaciones de extrema presión y de no perder los nervios aun cuando me vapuleasen. Mentiría si negara el hecho de que, como cualquier ser humano, había cometido alguna que otra maldad, microfelonías mayormente. Una vez, por ejemplo, divulgué para hacerme la interesante el secreto que una amiga me había confiado y luego estuve un mes entero sin poder pegar

ojo, tan agudo era el remordimiento que me asaltaba en cuanto me echaba a dormir. No coger el teléfono adrede cuando sabía que era mi madre quien llamaba era otro de los delitos que me salpicaban la conciencia de mugre y churretones. Luego me imponía unas penitencias absurdas, como ir una tarde entera de compras con ella para superar los abismos de culpa por los que me despeñaba. ¿Y si mi madre se hubiera hallado realmente en apuros? Es cierto que no me faltaban motivos de resentimiento, pues cuanto mayor era la afectuosa deferencia que gastaba con ella, mayores eran la desinhibición y el descarado con que mostraba que su corazón pertenecía a mi hermana. Ya podía mi hermana, que era una inmadura, una inestable y una agresiva incurable, que indefectiblemente actuaba de la peor forma posible y cometía vez tras vez los mismos dos errores sin jamás darnos la alegría de una pequeña innovación, ya podía, digo, tratarla fatal, pasarse la vida haciéndole comentarios destemplados e insolentes y abusar de ella con una desfachatez que cortaba el aliento, que el afecto que mi madre le profesaba no dejaba de aumentar en inversa proporción a las afrentas recibidas. Mi madre compensaba ese masoquismo suyo practicando conmigo un descarado sadismo. De hecho, el noventa y nueve por ciento de sus llamadas telefónicas obedecían a la nada solapada intención de quejarse de mi hermana, que continuamente le dejaba a sus hijos a su cargo, le viniera o no bien a ella, y que además la sableaba a placer sin dignarse jamás a devolverle el dinero. En una ocasión, mi hermana había llegado al extremo de negarle la palabra a mi madre durante meses porque ésta había tenido la imperdonable

osadía de recordarle sus deudas por primera y última vez. Aun así, ninguno de esos abusos y exabruptos conseguía que mi madre le retirase a mi hermana un solo gramo de su injustificado afecto.

Es un ser frágil, con tendencia al desequilibrio y con una vida sentimental desastrosa, argüía mi madre en defensa de su hija pequeña siempre que mi autocontrol flaqueaba y me mostraba aunque sólo fuera veladamente crítica con la que, en cambio, no se recataba de llamarme a mí, en público y en privado, La Santurrona, Su Santidad, el Convento Portátil o Perfecciones, Sociedad Ilimitada entre otros muchos mote igual de infamantes. Como tampoco se recataba de repetir una y otra vez, a veces entre grandes y groseras carcajadas, que se alegraba de que no hubiera sido yo quien dictase las tablas de la ley porque, de ser así, en vez de diez mandamientos habría cuatrocientos. Era injusta conmigo, por supuesto. Parecía obtener un extraño placer en zaherirme y definirse contra mí, como si nada le gustara tanto como exhibir y ensanchar el abismo que existía entre ambas. Tanto es así que era capaz incluso de insultarme mientras le hacía un favor. Una vez que vino a casa a dejarme a no recuerdo ya cuál de sus tres maleducados chiquillos, todos de padres distintos, que debían de montarla mientras se hallaba aturdida por los efectos de alguna de las múltiples drogas que sin cesar consumía, se marchó a toda prisa so pretexto de que el predominio de la línea recta y la simetría en mi casa le resultaban insoportablemente opresivos y claustrofóbicos. Con todo, su agudísima sensibilidad no le impidió dejarme al niño, no sin antes rogarme con su exasperante ironía que resistiera la

tentación de inculcarle alguno de mis puritanos valores en las dos o tres horas que tardaría en regresar.

Expuesta a tales insultos, yo me limitaba a sufrir en silencio, actitud que, según sospecho, la encorajinaba aún más, porque agresiva y neurótica como es, la serenidad del prójimo es algo que preferiría perturbar, cuando no directamente destruir para siempre, pues la confusión, el caos, la histeria y el desastre convienen mucho más a su personalidad y a su forma de vivir. Tampoco le di el gusto de decirle lo que se merecía cuando la muy cerda me robó a mi marido y, en lugar de sentirse culpable, como sin duda habría hecho cualquier persona decente, difundió la repulsiva especie de que él había sido muy desgraciado conmigo, pues yo me las ingeniaba para hacerlo sentir un enano moral, un inmaduro y un inútil que no hacía más que sembrar el desorden en casa y dejarlo todo hecho una mierda. Sostenía que ella no había tenido responsabilidad alguna en mi descalabro matrimonial y que yo misma ahuyenté a mi marido a fuerza de hacerle la vida imposible con mi insoportable rigor y mi interminable colección de normas insufribles. Si hubieras querido empujarlo a los brazos de otra, no habrías podido hacerlo mejor, solía decir con una desvergüenza que me dejaba sin habla. Y lo peor de todo es que sospecho que mi madre, aun cuando se guardaba muy mucho de dar a entender semejante ignominia, en el fondo le daba la razón.

Claro que todo eso era antes de que el vecino de abajo empezara las obras y aquel lunes mi casa fuera aporreada y zarandeada a mazazo limpio, con el criminal bramido del martillo neumático y el no menos insidioso

chillido de la sierra radial compitiendo entre sí por talararme los sesos de las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Los raros momentos en que aquellas herramientas infernales enmudecían distaban mucho de suponer un alivio, porque cada pausa no hacía sino tornar más cruel e insoportable aún la siguiente andanada de ruido ensordecedor. Encima, siempre tenía la impresión de no haber disfrutado lo suficiente del silencio, porque después de unos minutos me olvidaba de él y, en lugar de vivirlo segundo a segundo como una bendición excepcional que había que aprovechar al máximo, lo aceptaba como algo natural sólo para lamentar amargamente no haber sido más consciente de él en cuanto regresaba el estruendo.

El infernal concierto para mazos, piquetas, taladros y martillos prosiguió el martes, y el miércoles, y el jueves, sin perder nada de su ímpetu y tirando cruelmente por tierra mi hermosa teoría sobre las obras relámpago. Cada día me despertaba sobresaltada por un ruido u otro y cada día trataba de consolarme pensando que aquello no podía durar mucho ya. De nada sirvió que, en un arranque de candoroso optimismo, el lunes mismo bajase a comprarme tapones para los oídos imaginando que de esa forma podría seguir traduciendo la magna obra de Rinecke, cuyo plazo de entrega se hallaba cada vez más cerca. El martes arrinconé los tapones, que apenas lograban amortiguar un poco el ruido, pero en cambio agudizaban mi percepción de todos y cada uno de los frecuentes estremecimientos con que el edificio encajaba los brutales porrazos y me concedí el día libre, que aproveché para pasar largo rato en el gimnasio tonificando

los músculos, visitar una exposición y comprar un par de cosas antes de encerrarme a cal y canto en mi estudio de las seis a la una, a solas con Rinecke y unas cuantas tazas de café.

El miércoles aún era capaz de tomarme las cosas con cierta deportividad. Convencida de que las obras cesarían en breve, volví a darme licencia para holgazanear hasta las seis. Ese día el programa de actos incluyó una sesión de gimnasia aún más larga que la del día anterior, una visita a la peluquería y una sesión de cine. Pero, por agradable que fuera, esa vida de ocio y molicie no podía prolongarse indefinidamente, más que nada porque carecía de rentas con que costeármela y a diferencia de lo que le sucedía a mi hermana, la práctica del sablazo me parecía indigna, de modo que el jueves volví a armarme de paciencia, cogí el ordenador portátil y las fotocopias de Rinecke y trasladé provisionalmente mi despacho a una biblioteca pública cercana a mi casa, muy orgullosa de haber dado con una solución que me permitía trabajar con tranquilidad mientras las paredes de mi casa se estremecían bajo los bárbaros porrazos y los cristales de las ventanas trepidaban en sus marcos.

Mis provisiones de paciencia y estoicismo se agotaron de improviso el viernes por la mañana. Como cada día desde que empezaran las obras, me desperté sobresaltada. Y, como cada día, mientras los mazazos destruían toda posibilidad de paz y normalidad, miré entre legañas el despertador. Era un gesto mecánico y absurdo. Al fin y al cabo, en aquellas circunstancias, la hora no pasaba

de ser un detalle trivial. Y, sin embargo, no. Ignoro si el hecho de sentir yo tal apego por el orden y la simetría tuvo algo que ver: el caso es que al descubrir que aún faltaban tres minutos y medio para las ocho, me sentí estafada y una oleada de rabia me hizo hervir la sangre. Había aguantado el ruido y las vibraciones con irreprochable entereza a lo largo de cuatro días durante los que tuve que trastocar todos mis planes, me había avenido a deambular por ahí durante parte del día y a trasladar mis bártulos a la biblioteca o a trabajar de noche reduciendo al mínimo imprescindible las horas de descanso y ahora el ridículo lapso de tres minutos y medio robados al sueño colmaba el vaso de mi paciencia, si bien llamarlo vaso y no estanque, piscina olímpica o embalse es infravalorarlo. Salté de la cama hecha un basilisco y me vestí a toda prisa, dominada por la intuición, que contra todo pronóstico no me resultó desagradable, de que en lo sucesivo iba a empezar a actuar de forma incontrolada. Después de cuatro días oyendo a no sé cuántos albañiles entregados a una furiosa labor destructiva también yo empezaba a incubar cierto afán de destrucción. Y el vecino de abajo era, por supuesto, el objetivo de ese afán.

Mientras bajaba la estrecha escalera como una exhalación, un individuo que subía se hizo a un lado para dejarme pasar. Me pareció que aquel desconocido me miraba con cierta temerosa reverencia y algo de melancolía, como si al ver la impetuosa determinación que me animaba acabase de descubrir que a su vida le faltaba un objetivo claro y que, privada de él, resultaba un tanto informe, un cuerpo invertebrado y a la deriva. Yo frené lo justo para no atropellarlo, y por fin me planté ante la

puerta del vecino con el firme propósito de amargarle la existencia. Sin embargo, aunque me hinché a llamar a su puerta, cada vez más exaltada, el ruido que salía de allí dentro era tan fuerte que, pese a que era obvio que detrás de la puerta cerrada un batallón de operarios la emprendía brutalmente contra suelos, techos y paredes, nadie debió de oír el timbre. Y si alguien lo oyó prefirió hacer caso omiso, pese a lo cual seguí llamando con creciente insistencia, decidida a no marcharme de allí sin obtener respuesta.

No sé cuánto tiempo llevaba yo allí cuando por fin el vecino apareció, no por la puerta, como yo esperaba, sino por la escalera. La verdad es que me fastidió sobremanera que me pillara golpeando su puerta hecha una fiera, pero el hecho de que al verme sonriera me fastidió mucho más. Era obvio que se creía muy listo y que tenía de sí mismo un concepto muy superior al del resto del censo. Su sonrisita autosatisfecha y fatua parecía haber sido meticulosamente estudiada para sacarme de quicio. Aquel tipejo llevaba cinco días aporreando sin piedad la finca como si realmente se hubiera propuesto echarla abajo y todo lo que se le ocurría era saludarme con una sonrisita fatua para que me sintiera idiota. Parecía tan encantado de haberse conocido que pensé que cada vez que se veía reflejado en un espejo debía de decir: «Hola, Miquel Aubet, eres guapo, eres listo y siempre te sales con la tuya. Menuda suerte haber nacido con esta fabulosa identidad». Encima, en cuanto él hizo acto de presencia, las obras cesaron como por ensalmo, con lo que mi justa cólera quedó en entredicho. Mientras lo observaba, lamenté haber cenado tres o cuatro veces en el

restaurante del que era propietario y haber contribuido de ese modo en algo más de cien euros a su prosperidad.

En circunstancias normales, uno apenas si se da cuenta de que durante buena parte del día camina por encima de la cabeza de otros y de que otros caminan a su vez por encima de su cabeza. Si todo va bien, si los vecinos no se comportan como cafres y no les da por ponerse a arrastrar muebles a horas intempestivas, escuchar música a todo volumen, bailar zapateado o emprenderla contra las paredes a golpe de martillo, uno rara vez es consciente de que vive en alguna parte de un inmenso bocadillo de múltiples pisos y que, apenas unos metros por encima, por debajo o justo al lado, alguien abre la nevera en ese instante o se arrellana a ver la tele en su sillón favorito. Antes de que empezasen las obras, Aubet me traía sin cuidado. No me inspiraba curiosidad ni me había formado una opinión sobre él. Era sencillamente el vecino de abajo, ni más simpático ni más antipático que el resto y jamás pensaba en él, ni para bien ni para mal. A Betty Correa habría preferido no cruzármela jamás por la escalera pero Aubet me dejaba indiferente. ¿Me parecía ya quizá un poco fatuo antes de que empezasen las obras? ¿Había reparado ya en la sonrisita suficiente con que contemplaba el mundo, como si comparados con él todos los demás le pareciéramos materia zafia y risible? Tal vez en alguna de las reuniones de la comunidad una parte de mí había observado que le gustaba demasiado llevar la voz cantante y que hacía excesivo hincapié en lo bien que le iba todo y lo mucho que le sonreía la vida, así como el hecho de que su piso fuera el mayor de todo el edificio. Pero eran datos que habían permanecido almacenados en una

oscura trastienda mental sin que les prestara la menor atención. Sencillamente no los necesitaba porque Miquel Aubet me importaba un bledo y no formaba parte de mi vida interior ni en calidad de discreto figurante.

—Espero que tengas todos los permisos en regla —le escupí muy tiesa a modo de saludo. Advertí que en mis palabras había vibrado una cólera fría y acerada que me enorgullecí. Bravo —pensé—, sigue así.

—¿Eeh? —pese a que era joven, alto y fuerte, Aubet se tambaleó, perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente—. ¿Por qué dices eso?

La actitud de Aubet me desconcertó. En la escena que yo había imaginado, el vecino de abajo se ponía chulo y me hacía frente de muy malos modos. Pero su aspecto de buen chico perplejo, inocente y proclive al diálogo pacífico me desarmó por completo.

—¿Que por qué digo eso? —repetí una y otra vez la frase, admito que no demasiado lograda, mientras trataba de encontrar una réplica contundente y feroz. Una de esas réplicas fulminantes que lo diera a entender todo en pocas palabras y que, encima, intimidase a Aubet, persuadiéndolo en el acto de la obvia superioridad de mis facultades intelectuales. No en balde yo había sido siempre la primera de la clase y mis compañeros me habían odiado siempre por ser una empollona. Pero aunque mis neuronas libraron un desesperado combate para cosechar esa perla de brillo cegador, todo mi empeño fue en vano.

—¿No te habrán molestado las obras? —durante unos instantes el rostro del vecino expresó tal candor y tal preocupación ante las repercusiones que sus actos

podieran ocasionar en la vida del prójimo que me vinieron ganas de pegarle una bofetada. ¿Había que interpretar su actitud como la actuación de un espléndido actor, hábil y astuto como un zorro, o bien, peor aún, cabía concluir que se había mostrado sincero, lo que implicaba que era tan egoísta y egocéntrico que sólo ahora caía en la cuenta de que vivía rodeado de vecinos para quienes sus malditas obras suponían un suplicio desde hacía cinco días?

—¿Que si me han molestado? ¡No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo!

—Hay que tener un poco de paciencia, ¿no? —o mucho me equivoco o Aubet impostó la voz, imprimiéndole una aterciopelada suavidad, como quien trata de amansar con un poco de música a las fieras—. Todo el mundo hace obras de vez en cuando.

La inatacable sensatez de sus palabras me dejó atónita. Lo cierto es que no entraba en absoluto en mis planes que el tipo al que me proponía sermonear me sermoneara a mí. Además, su exhortación a que tuviera un poco de paciencia me recordaba algo y no sabía qué.

—Si mal no recuerdo, tú también hiciste obras cuando llegaste aquí hace un año.

—Un año y medio —me sentí impelida a puntualizar. Fue un error táctico de lo más estúpido, porque el tipo no pudo reprimir una sonrisita que me hizo sentir más ridícula aún.

—Vale, un año y medio. Pero, que yo sepa, nadie se te echó encima pese a las molestias que aguantamos por tu culpa. Nadie te amenazó con ponerte una denuncia.

—Yo no te he amenazado. En ningún momento he dicho que fuera a ponerte una denuncia.

—Lo has insinuado.

Lo dijo de tal forma que durante unos instantes incluso a mí la insinuación se me antojó el acto más cobarde, ruin y despreciable que pueda cometerse. Afortunadamente, el pitido de su móvil interrumpió abruptamente la conversación porque, de lo contrario, es posible que hubiera acabado pidiéndole perdón.

Durante varios días aquella conversación se me atragantó, lo que no contribuyó precisamente a mejorar mi humor ni mi horizonte existencial. No sólo las obras de abajo proseguían con idéntica intensidad, con que lo que mi conversación con Aubet no había servido de nada, sino que vivía mentalmente secuestrada, sin poder evitar revivir una y otra vez la escena con Aubet frente a la puerta de su piso. Hacía esfuerzos obsesivos por recordar con toda exactitud cada una de nuestras palabras e inflexiones y no podía evitar atormentarme pensando en todo lo que debería haberle dicho y no había sido capaz de decir. El bochornoso recuerdo de mi ineptitud me hacía arder la cara y la sangre de vergüenza y me asediaba por las noches impidiéndome dormir. Y si al principio había barajado seriamente la posibilidad de que Aubet fuera tan egocéntrico como para no haber calculado las molestias que sus obras ocasionarían a sus vecinos, ahora empecé a formarme de él la imagen de un cínico integral. ¿Cómo podía haber sido tan tonta para no darme cuenta del juego que el vecino se traía entre manos? Él sí que había actuado de forma magistral. Repasaba tanto sus intervenciones como las mías y cuanto más

lo analizaba todo más obvio me parecía que Aubet sólo podía ser un astuto manipulador, un encantador de serpientes que había simulado inocencia y había utilizado su tono de voz más suave con el maquiavélico propósito de neutralizar mi cólera a fuerza de tornarla impropia y ridícula. La posibilidad de que quizá se tratara de un tipo más o menos egoísta, pero al mismo tiempo dotado de cierta decencia, a quien mi rapapolvo había pillado desprevenido se desvaneció por completo. Cuantas más vueltas le daba al asunto más me parecía detectar en él esa magia truculenta de los tipos capaces de imprimir un habilísimo y rápido vuelco a la situación y pasar así, como por ensalmo, de verdugo a pobre víctima injustamente vapuleada. El hecho de que me hubiera acusado de querer denunciarlo cuando yo nada había dicho al respecto probaba que se trataba de un tipo taimado y calculador que aún debía de estar riéndose de lo sencillo que le había resultado desbaratar mi ofensiva. Recordar que tengo a una campeona mundial de la manipulación, la extorsión y el chantaje afectivo por hermana y que, en consecuencia, la larga práctica debería haberme preparado contra ataques similares no hacía sino infligirme un plus de humillación. Nos consolamos pensando que, por lo menos, las malas experiencias nos fortalecen e inmunizan de cara al porvenir, pero nos engañamos, porque ni para eso sirven. De modo que el resumen de la jugada arrojaba un saldo deprimente: había bajado a soltarle una bronca al vecino de abajo y aún henchida de razón era yo quien había acabado por encajar una humillante reprimenda y por batirme en retirada con el rabo entre las piernas.

Encima, los reveses no se acabaron ahí. Inmediatamente después de mi encontronazo con Aubet, los mazos y los taladros volvieron a competir entre sí por perturbar la paz, de forma que agarré el ordenador portátil y, llena de rabia, me encaminé hacia la biblioteca pública con el firme propósito de trabajar allí. Pero mientras iba de camino estuve a punto de toparme con Lali Bronsoms, que en esos momentos se disponía a franquear la entrada de la biblioteca. Por fortuna, mis reflejos fueron rápidos. Retrocedí unos pasos y desaparecí del campo visual de la que fuera mi antigua profesora de Literatura, embargada por una sensación de alivio infinito y con el sabor del miedo todavía en la boca. Admito que ella no era el problema, al contrario: la Bronsoms es la única persona que alguna vez creyó en mí. El problema fue más bien mi repentina conciencia del abismo existente entre la triste realidad y las optimistas profecías de Lali Bronsoms.

—Estoy segura de que algún día veré un libro tuyo en las librerías, y que además será magnífico —había proclamado la Bronsoms en una ocasión con aquella vehemencia suya tan agresiva ante una amplia audiencia formada por condiscípulos míos que sin duda me detestaron un poco más de lo que ya me detestaban antes por empollona y enchufada y porque jamás me avenía a falsificar las notas ni copiaba en los exámenes ni me mostraba irrespetuosa con los profesores ni decía palabrotas ni hacía novillos ni me adhería a ninguna de las múltiples gamberradas mediante las cuales los demás confraternizaban y, encima, siempre conseguía las mejores notas. Si hubiera sido buena en deporte, quizá

me lo habrían perdonado todo para tenerme en su equipo pero, lamentablemente, siempre he sido de una torpeza exagerada con una pelota en las manos.

Mientras huía de Lali Bronsoms me sentí como si el pasado se me hubiera cagado en plena cara. Deambulé sin rumbo fijo por las calles. No podía ir a trabajar a la biblioteca, donde me habría dado de bruces con mi antigua profesora, y donde sin duda habría echado definitivamente por tierra su ilusión de encontrar algún día un libro escrito por mí en las librerías, ni podía regresar a casa, donde las obras del vecino de abajo me desquiciaban los nervios y me impedían concentrarme. Todo era culpa de Aubet, pensé con inquina. De no ser por él, yo no habría estado en la calle justo cuando por allí pasaba casualmente mi profesora de Literatura ni me habría visto obligada a recordar cuánto creía en mí esa mujer en un tiempo remoto. Ni habría sabido jamás hasta qué punto me resultaba odiosa la idea de echar por tierra las ilusiones de Lali Bronsoms.

Cuando noté que las lágrimas me nublaban la vista, hurgué en el bolso en busca del móvil, pensando que hablar con alguien me sentaría bien. Estaba ya a punto de llamar a Cris, y quizá sugerirle que comiéramos juntas para desahogarme contándole mis penas, cuando recordé lo dolida que parecía la última vez que hablamos. Se había disgustado —sin que yo entonces entendiera el porqué— cuando, harta ya de oírla quejarse de las molestias que le ocasionaba el bar musical que habían abierto debajo de su casa, yo le había replicado que llevaba ya dos meses sin hablar de otra cosa y que me parecía ridículo haber elegido vivir en el centro de una

ciudad grande y bulliciosa, con todas las ventajas que ello supone, y pretender gozar a la vez del idílico silencio que reina en un villorrio perdido entre montañas y arrullado en su eterno sopor por susurrantes arroyos de aguas cristalinas.

Un poco de paciencia con tus semejantes, le había dicho yo a Cris en aquella ocasión, prefigurando lo que el vecino de abajo me diría a mí misma unas semanas después. Ahora ya sabía a qué me recordaban las palabras de Aubet. Y también tenía una idea muy cabal de por qué se había mostrado Cris tan disgustada y distante la última vez que hablamos.

Descartada la idea de telefonar a Cris, que sin duda me haría pagar caro lo que debía de haber interpretado como intransigencia por mi parte, me puse a llamar a toda mi agenda, en busca de alguien que estuviera libre y quisiera comer conmigo ese mediodía. Sin embargo, todos los que se pusieron al teléfono pretextaron que tenían trabajo o compromisos previos. ¿No había nadie en este mundo que ardiera en deseos de verme o que, sencillamente, se aviniera a comer conmigo ese día a falta de un plan mejor? Es cierto que aún quedaban en la agenda bastantes teléfonos a los que llamar, pero todos ellos pertenecían a antiguos amigos a quienes me negaba a ver porque habían seguido relacionándose con mi ex marido cuando nos divorciamos en lugar de retirarle su amistad por lealtad a mí después de la imperdonable trastada que me hizo liándose con mi hermana. Y, de todos modos, cierto instinto me decía que era mejor no seguir llamando pues de lo contrario me arriesgaba a averiguar hasta qué punto me había quedado sola en este mundo y lo

poco que les importaba a quienes en algún momento consideré mis amigos.

De pronto, me descubrí haciendo balance, y las pérdidas superaban con creces las ganancias. Había perdido a mi marido y desde entonces no había tenido más que algún escaqueo esporádico que no llegó a fraguar. Por otro lado, las relaciones con mi única hermana eran inexistentes y con mi madre siempre salía escaldada. En cuanto a los amigos, acababa de comprobar cómo respondían cuando lanzaba un S.O.S. ¿Qué había hecho yo o que no había hecho para tener tan poco peso en la vida de los demás? Durante unos instantes contemplé la posibilidad de telefonar al veterinario que atendía a Babilonia, porque estaba casi segura de que él sí que habría aceptado no sólo quedar conmigo a comer, sino cualquier cosa que yo tuviera a bien sugerirle, pero mi departamento de censura interior no tardó en juzgar que aquélla era la idea más improcedente y alocada de cuantas habían brotado de mi cerebro en los últimos tiempos. Sergi llevaba meses coqueteando conmigo cada vez que le llevaba a la gata, que acababa de recuperarse de una delicada afección en los riñones, y he de admitir que a mí también me hacía cierta gracia él, aunque la idea de liar-me con un chico tantos años más joven que yo me parecía una locura más propia de una persona sin orden ni ley como mi hermana que de alguien que se jacta de gestionar su vida con cierta sensatez.

Mientras seguía deambulando con el ánimo por los suelos, no pude por menos de proseguir con el balance. ¿Había algo en mi vida de lo que me sintiera ufana y pudiera considerar un triunfo indiscutible? Desde

luego, mi trabajo como traductora del alemán distaba mucho de parecerme la forma ideal de ganarme el sustento. Era una labor ardua y mal retribuida, que no gozaba de un gran reconocimiento y aún para vivir modestamente, haciendo más números que el ministro de Finanzas, me obligaba a trabajar a destajo, a veces encerrada durante semanas enteras sin casi pisar la calle y bajo la tremenda presión de los plazos de entrega. Encima, apremiada como estaba por el pago de la hipoteca, no siempre podía permitirme el lujo de elegir y a menudo me veía constreñida a aceptar la traducción de auténticos tostones.

Sin embargo, sí había algo en mi vida que me llenaba de orgullo y placer y que sin duda consideraba mi posesión más preciada: mi piso. Mi ex marido y yo habíamos vivido en una casa adosada en un barrio residencial del extrarradio donde ni el jardín ni la piscina comunitaria habían conseguido atenuar mi intensa nostalgia de la ciudad, de modo que al separarnos soñé con irme a vivir al mismísimo centro. Y lo cierto es que me enamoré de mi apartamento nada más entrar en él. No era muy grande y estaba bastante destartado pero se desplegaba a lo largo de una esquina soleada de una calle bastante estrecha del casco antiguo, y la luz que penetraba por sus cuatro balcones, tan oblicua como los haces que se derraman a través de los vitrales de algunas iglesias, creaba una atmósfera mágica la primera vez que lo recorrí, con goterones y manchas de luz salpicando el suelo y las paredes, así como un curioso efecto de contraste entre las zonas intensamente iluminadas y aquellas a las que no llegaban los rayos del sol. Tan prendada estaba de aquel

lugar que me quedé muda, imbuida de la absoluta certeza de haber encontrado por fin el lugar donde quería vivir durante los próximos años.

—Tiene muchas posibilidades —repetía una y otra vez el empleado de la inmobiliaria, malinterpretando mi silencio, mientras nuestros pasos resonaban en el espacio vacío—. Con estas viviendas antiguas, hay que tener un poco de imaginación para ver lo mucho que mejoran después de hacer algunas reformas. Tampoco serían grandes reformas, claro —se apresuró a añadir, temeroso de haber metido la pata y escudriñando mi rostro con creciente ansiedad—. Bastaría con hacer de nuevo el baño y la cocina y quizá mover algún tabique.

Ya podía esforzarse, que era un mal vendedor. Se veía a la legua que la casa le parecía pequeña y cochambrosa y que no la habría comprado aunque fuera la única opción que le ofreciera el mercado. Aturullado ante mi silencio, me estaba ofreciendo no perder ya ni un minuto más e ir a ver otros pisos reformados y listos para entrar a vivir o bien recién construidos en edificios nuevos con ascensor y parking cuando rompí casi por primera vez mi silencio para decirle que quería comprarlo. El tipo no pudo por menos de dirigirme una mirada perpleja donde me pareció detectar cierta hostilidad. Se rehízo enseguida, por supuesto, sin duda tonificado por la idea de ir a cobrar la comisión correspondiente, pero durante breves instantes tuve la impresión de haberle infligido sin querer una leve ofensa, como si yo lo hubiera engañado, sin esforzarme demasiado, cuando era él quien estaba procurando, de forma tan obvia y manifiesta, engatusarme a mí.

Sea como fuere, cinco semanas después entré a vivir en mi nuevo apartamento y lo cierto es que me encantaba vivir allí. No digo que el piso compensara el dolor del divorcio, pero le prestó un marco espléndido a mi pesadumbre. Y además era ahí donde por fin había conseguido dejar de fumar. Y ahora Miquel Aubet me expulsaba, impidiéndome gozar de aquel pedazo de mundo que constituía mi posesión más preciada. Yo sabía que el mal trago era pasajero y que tarde o temprano todo volvería a la normalidad, pero ¿dónde demonios iba a trabajar mientras durase aquello?

El lunes siguiente, una semana después del inicio de las obras, un hecho fortuito vino a iluminar bajo una luz aún más siniestra los furiosos golpes que de la mañana a la noche hacían retumbar todo el edificio. Como ya empezaba a ser habitual, los albañiles se habían puesto manos a la obra a las ocho en punto y yo había saltado de la cama con el corazón en la boca y un humor de perros. Durante el fin de semana, además de aprovechar el silencio para traducir a destajo, había limpiado las ingentes cantidades de polvo que lo habían invadido todo desde que empezaran las obras pero, o bien mi celo limpiador había sido insuficiente o bien el polvo había seguido entrando desde la tarde del domingo, porque al salir del dormitorio resbalé y, tras una aparatosa caída que me dejó tendida cuan larga soy en el pasillo, sin más lesiones que la leve herida infligida a mi amor propio, en el suelo quedó dibujada mi silueta, a modo de islote en medio de la película de polvillo blanco que lo cubría

todo, sin excepción alguna. El suelo estaba cubierto de aquel sudario blanco, pero también las estanterías de la biblioteca, las repisas y las mesas habían sido invadidas.

Después de tratar inútilmente de tranquilizarme con una larga ducha, bajé a desayunar, no ya al bar de enfrente, hasta donde temía que el estrépito, los temblores y el polvo de las obras pudieran perseguirme, sino a otro situado algo más lejos donde, desde hacía siete días, me refugiaba cada mañana, para tratar de vencer mi creciente desasosiego mojando un cruasán en el café con leche mientras leía el periódico. Pero ese día el apetito se me cortó de golpe en cuanto eché un vistazo al diario: las obras en curso de la nueva línea de metro habían provocado el derrumbe de un aparcamiento subterráneo y la evacuación de un centenar de vecinos, cuyas casas habían quedado afectadas y corrían un peligro inminente de venirse abajo. Afortunadamente, no había que lamentar ninguna pérdida humana, pero la fotografía a todo color del enorme socavón que ocupaba la portada era impresionante. Y pese a que el accidente no tenía la menor conexión con las obras que me habían puesto la vida patas arriba, era casi inevitable relacionar ambas cosas. Al fin y al cabo, si pese a las medidas de seguridad unas obras públicas podían provocar una catástrofe de tal magnitud, ¿cómo no pensar que las obras de Aubet podían llegar a comprometer la integridad de un edificio tan antiguo como el nuestro?

—O hacemos algo o los próximos seremos nosotros.

Me estremecí al ver a Betty Correa, la mujer que ocupaba el piso contiguo al mío, plantada frente a mí y con

una expresión más perturbada que nunca. Llevaba una gabardina de plástico rojo brillante, cuyo aspecto no podía ser más vulgar, y que estaba llena de quemaduras de colilla, y se cubría la cabeza con una boina roja, pero aunque hubiera ido vestida de tierno color rosa de los pies a la cabeza y abrazada a un osito de peluche, dudo mucho que alguien se hubiera llamado a engaño. Ni siquiera mi hermana tenía un aspecto tan agresivo. Era delgada, fibrosa y de corta estatura, de rasgos angulosos, pómulos pronunciados, nariz afilada y labios muy finos fruncidos en un gesto de encono y crispación. Caminaba siempre muy aprisa y mirando al suelo, con aire enfurecido y conspirador, como si tramase alguna fechoría. Pero lo más amenazador eran sus ojos, oscuros, pequeños y rasgados como los de una oriental, de mirada relampagueante y belicosa. Miraba rápidamente, sin detenerse demasiado tiempo en un mismo objeto. De hecho, más que mirar daba la impresión de estar calculando qué cantidad de explosivo sería necesaria para eliminar al objeto de su rápida inspección. No podría decir si me parecía una mujer atractiva o si la encontraba muy fea, pero supongo que había algo fascinante en su aspecto bronco, insolente y amedrentador, en su actitud tensa y en la mirada que siempre echaba chispas. Era actriz, aunque yo sólo la había visto en una espantosa película de intriga donde interpretaba a una paranoica, no sé si porque lo imponía el guión o porque lo decidió ella por su cuenta y riesgo. En cualquier caso, tuve la impresión de que el pobre director, sin duda aterrorizado, no había osado siquiera dirigirla y la había dejado campar por sus fueros con nefastas consecuencias no sólo para su interpretación,

sino para toda la película, un pestiño difícilmente superable. A mí, desde luego, me infundía un pánico indescriptible desde la pelotera que tuvimos cuando, en una reunión de la comunidad, me opuse a su absurda idea de pintar de rojo el edificio o, mejor dicho, cuando capitaneé con una temeridad que aún me asombra la solapada oposición de todos los vecinos, que me utilizaron como fuerza de choque de forma un tanto ruin y cobarde, aunque yo no me di cuenta de ello hasta que ya era demasiado tarde, y sólo me defendieron con tibieza cuando Betty Correa se puso a pegarme unos bufidos que habrían arredrado a personas con muchos más redaños que yo. Acababa de tomar posesión de mi casa, estaba preñada de mi nuevo hogar y me horrorizaba que alguien tratase de convertir aquel edificio en un faro llameante, del color de la ira divina, pero lo más probable es que hubiera mordido el polvo de la derrota de no ser porque el arquitecto municipal consideró que las agresivas preferencias de Betty Correa rompían la pálida y fina armonía cromática que el consistorio pretendía imponer en materia de pintura de fachadas y se opuso rotundamente a dar el visto bueno. De ahí que el color que finalmente triunfó fuera el que los técnicos del ayuntamiento denominaban con gran acierto poético *polvo de vidrio*, un color de una admirable discreción, a mitad de camino entre el gris claro y un color tierra muy parecido a ciertas tonalidades de la arena y muy acorde con mis gustos y los de los demás vecinos. De ahí también que Betty suspendiera todo trato conmigo y me retirase el saludo cuando nos cruzábamos por la calle o por la escalera. Pero ahora, por lo visto, nuestras disensiones pertenecían

al pasado, pues nada hay que reconcilie tanto, circunstancialmente al menos, como el hecho de tener que hacer frente a un enemigo común.

—Hay que frenar a ese cerdo si no queremos que el edificio se desplome —dijo Betty Correa, desplomándose ella misma sobre la silla libre más cercana a la mía mientras yo, que a decir verdad no las tenía todas conmigo en este inesperado armisticio, instintivamente me encogía una talla para ofrecer menos superficie atacable al enemigo. Mientras la observaba, me dije que era una lástima que Quentin Tarantino no la conociera, en cuyo caso la contrataría en el acto como protagonista de alguna película de guerreras archiviolentas y así, en lugar de amedrentarme a mí, se dedicaría a atormentar a sus vecinos de Beverly Hills, sin duda mucho mejor preparados psíquicamente para gozar con ese tipo de emociones salvajes—. Además de peligrosas, sus obras son un coñazo insoportable. Estoy hasta los huevos, nena. Los martillazos me están desquiciando. Tengo el sistema nervioso tan destrozado que la semana pasada acabé a gritos con todo el mundo. Con mi novio es más o menos normal y, entre tú y yo, incluso me excita, pero ayer puse fuera de sí a un tío con más paciencia que Job. ¿Por qué cojones tengo que hacérselas pagar a mis amigos cuando el cabrón es Aubet?

Pensé que, efectivamente, sus amigos, por el mero hecho de serlo, reunían ya suficientes méritos y eran dignos de toda mi conmiseración.

—En cuanto me tome un café, voy al ayuntamiento a presentar una denuncia. Aplastar a ese mamón me calmará un poco. ¿Por qué no vienes tú también y añades tu firma? Apuesto lo que quieras a que no tiene permiso de

obras. Lo aplastaremos, nena, ya verás. Verás cómo aplastamos a ese hijo de puta.

—Algo tendrá —me atreví a aventurar, más que nada porque seguía sin apetecerme demasiado mantener tratos con semejante energúmena—. Nadie se pone a derribar todas las paredes de su casa, haciendo un ruido de mil demonios de la mañana a la noche, sin tener un permiso de algún tipo.

—Ahí está el asunto, nena. Por eso vamos a joderlo vivo, hazme caso. Habrá pedido un permiso de obras menores, que es lo que hace todo el mundo, porque es muy fácil conseguirlo. Haces una solicitud rutinaria, presentas un proyecto donde mientes con respecto a la verdadera magnitud de las obras, el ayuntamiento lo examina más o menos por encima y rara vez pone inconvenientes. Al fin y al cabo, los funcionarios municipales son tan vagos e inútiles como el resto de la población. El problema, nena, es que el permiso de obras menores no autoriza a tirar tabiques. Todo el mundo se salta la prohibición, de acuerdo, y el ayuntamiento hace la vista gorda porque no puede mandar técnicos a inspeccionar todas las obras. Imagínate. ¿Cuántos pisos en obras hay ahora mismo en esta puta ciudad? Sólo faltaba que se hundiera el túnel del metro. Así que, como comprenderás, si nadie se queja, el ayuntamiento mira para otro lado, no porque sean buena gente, no. Pero tocar los cojones del ciudadano sale bastante caro, ¿entiendes? En cambio, si hay denuncias de los vecinos, no tienen más remedio que ponerse en marcha y enviar inspectores. Porque, a todo esto, no sé si sabes que tienen un punto débil: les jode mucho perder las elecciones.